

Bogotá

Santiago Gamboa

Colección ¡Buen viaje!, 2

© L'arbre qui marche, 2025

Publicado originalmente en Francia por L'arbre qui marche
bajo el título de *Bogota*

© del texto, Santiago Gamboa, 2025

© de esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2025

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio, 2025

Publicado por La Línea del Horizonte Ediciones

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño gráfico y de cubierta: Sébastien Jenger – Primo&Primo

Diseño de interiores: Nord Compo

Ilustración de cubierta: *Vista de Bogotá desde el Santuario de Monserrate*,
Sébastien Jenger – Primo&Primo

Retrato del autor: Iris Hatzfeld

Infografía: Lætitia Perotin – Primo&Primo

Diseño de mapas: Nicolas Jan

Adaptación al español: La Línea del Horizonte Ediciones

ISBN: 978-84-129013-5-1 | Thema: WTL, 1KLSC-CO-BDA

Depósito legal: M-13453-2025

Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene
de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Bogotá

Santiago Gamboa



A modo de prólogo...

Por ser mi primera ciudad —he vivido en muchas otras—, Bogotá ha sido siempre un modelo: el prototipo de lo que hay o debería haber en una urbe, de lo que falta o puede eventualmente sobrar, de lo que molesta o la hace agradable, de las zonas claras u oscuras, del peligro o la calma, de lo oficial y lo marginal. Bogotá es el lugar en el que aprendí lo que significa la vida urbana. Por eso, cada vez que llego a una nueva ciudad, mi gusto o rechazo está dictado por este primer modelo al que siempre regreso, aún si por el camino se han ido sumando otros, pues vivir es también acumular ciudades, calles habitadas y plazas desiertas, furiosas avenidas, bares o viejos teatros. La ciudad ideal y absoluta, la mía, sería como un traje de Arlequín compuesto por retazos de muchas otras, pero teniendo como centro esa primera y única, el lugar esencial en el que viví la infancia y la adolescencia.

La Bogotá de mi niñez era muy distinta a la actual y salvo la imagen aérea de un rectángulo, puedo decir que de aquella queda poco. Es un espacio vivo, en constante metamorfosis. Y es lógico: en los años

setenta la población era menos de la mitad y las sucesivas oleadas migratorias la convirtieron en esa alocada urbe de hoy. A los quince años vivía en un barrio llamado Bella Suiza, en la localidad de Usaqué. La ciudad no era tan densa y en los alrededores había enormes potreros deshabitados a los que íbamos con los amigos a volar cometas o a cazar ratones con rifles de aire. Cuando paso por ahí, viendo los enormes edificios y construcciones, recuerdo las tapias de ladrillo que custodiaban esos terrenos baldíos, los viejos afiches taurinos descoloridos por la lluvia o la propaganda electoral, y me entra una gran nostalgia.

Cuando me fui de Bogotá, la ciudad era pequeña y provinciana. La carrera Quince era de doble vía, lo mismo que la Once y, dios santo, ¡la Trece! Cuando

“ Cuando me fui de
Bogotá, la ciudad era
pequeña y provinciana ”

la calle 127 pasaba por debajo de la Autopista Norte había algo llamado «Puente Subterráneo», un

oxímoron urbano difícil de imaginar y que parece el título de una obra de Escher. La avenida Caracas tenía doble calzada con separador y era ruidosa, de edificios ennegrecidos por el *smog*. Era una ciudad menos moderna y cosmopolita, pero el tráfico aún no era un problema. A mis padres les alcanzaba el tiempo para venir a almorzar a la casa desde la Universidad Nacional —del lado occidental, en la vía al aeropuerto—, e incluso podían permitirse una pequeña siesta antes de regresar a sus clases de la tarde.

En esos años los jóvenes del norte no íbamos casi nunca al Centro y mucho menos al Sur, al que temíamos como a las bocas del infierno. La ciudad era un archipiélago de zonas vedadas por motivos económicos y, se decía, de seguridad. Las zonas ricas, en contraste, aspiraban a un cierto cosmopolitismo. A la modernidad. ¿Y en qué consistía esa modernidad? El modelo era la cultura estadounidense, claro, y un ejemplo eran los centros comerciales, que apenas comenzaban con la inauguración de Unicentro, muy cerca de mi casa. Aún no existía el centro comercial Andino y en cambio hacía furor el Centro 93, que hoy languidece. El actual parque de la 93 era un pastizal en medio de las mansiones del Chicó en el que dormían siesta los celadores. Chapinero era una zona de clase media, de casas amplias de dos pisos y patios internos.

Los cambios que más noté en los primeros viajes de regreso tenían que ver con los cines, que durante mi adolescencia habían sido mis templos. Casi todos fueron desapareciendo. El Comedia, donde vi *Lo que el viento se llevó* y *El libro de la selva*. El Almirante, donde se podía fumar y daban muy buenas películas (recuerdo *Equus* o *Nunca te prometí un jardín de rosas*). O el San Carlos, con ciclos de Roman Polanski y Bergman, y el Trevi, donde vi *El último tango en París*. Teatros que se fueron degradando. En mis sucesivos viajes los vi transitar por el siguiente camino, cuesta abajo en la rodada: de cine comercial a cineclub, alternando con una novedosa moda importada de Argentina: el Café Concert, una especie de

teatro cómico con música. La caída continuaba con un periodo breve de reestrenos de clásicos y sesiones dobles, para pasar, después, al cine porno. ¡Ilona Staller desembarcando en el altiplano de Bogotá! La etapa final de estos cines era convertirse en sede de iglesias evangélicas o, tras sacarle las sillas, en almacenes de venta de celulares.

Bogotá no ha sido, tradicionalmente, una ciudad turística, pero ahora es muy frecuente encontrar extranjeros deambulando por sus calles, haciendo fotos en La Candelaria, yendo a visitar museos, preguntando cómo se llega a Chía para ir al famoso restaurante y discoteca Andrés, Carne de Res. Nada que ver con esa ciudad más bien triste de los años ochenta, y ni hablar de más atrás, la vieja Bogotá de tranvías y gentes de gabardina y sombrero en la que, como escribió García Márquez, «caía una llovizna perenne desde el siglo XVI». La mirada de los extranjeros sobre mi ciudad me ha interesado, pero hay poco. En su bello libro *Estambul*, Orhan Pamuk reflexiona sobre esto. Lo que suele gustarle al visitante, dice, es lo exótico, lo que no reconoce como «cultura occidental» y que, en cambio, se ajusta a su imagen previa y estereotipada del lugar: el bailador de flamenco y el torero en España, el derviche giróvago y el harén, en Estambul. Pero yo me pregunto: ¿qué imagen estereotipada trae el extranjero que llega a Bogotá? Es una ciudad poco conocida y los viajeros célebres no han sido muchos. En este libro mencionaré algunos. Y debo admitir que los estereotipos sobre Colombia más allá de la literatura de García Márquez, la obra

pictórica de Fernando Botero, la música de Shakira y los estallidos ocasionales de algún futbolista, son por lo general negativos: el tráfico de drogas, la violencia, la guerrilla, el secuestro de Ingrid Betancourt, la leyenda de Pablo Escobar —que no es de Bogotá, sino de Medellín, pero desde lejos no se percibe la distancia—, y por eso el colombiano está siempre nervioso ante la opinión de los visitantes y casi agradece que alguien se tome el trabajo de venir al país.

¿Qué se le puede reprochar a Bogotá, habiendo nacido en ella? Se le pueden criticar esos rápidos y repentinos cambios que nos hacen sentir cada vez más viejos. Su afán por derribar y construir, por cambiar de piel constantemente, la convierten en una ciudad sin memoria. En París todavía se pueden visitar los cafés a los que iba Baudelaire y los Campos Elíseos siguen siendo de doble vía, como en las novelas de Balzac. En Madrid, sobre el Paseo de Recoletos, aún está el café Gijón en el que Valle-Inclán tomaba vino tinto. Ni hablar de Roma. Los que nacen en estas ciudades son eternamente jóvenes: las ciudades envejecen por ellos. Nosotros, en cambio, somos ancianos, perdidos en evocaciones y recuerdos de una Bogotá que solo existe en nuestra memoria y, cada vez más, en nuestra imaginación.

☞ **El colombiano está siempre nervioso ante la opinión de los visitantes y casi agradece que alguien se tome el trabajo de venir al país** ☞



La metamorfosis de una ciudad

Bogotá, ese extraño nombre. La ciudad en la que nací. El primer universo que tuve delante de los ojos. En esa época era una población más bien oscura, retraída, de menos de dos millones de habitantes. Llegué a ella en el año de 1965, el penúltimo día. Fue un jueves, según veo en un viejo calendario. En realidad no hace tanto tiempo, pero parece que hubieran pasado siglos...

Era un mundo opaco, en blanco y negro.

Mi abuelo paterno tenía un Studebaker, y el materno, un Buick. Mis padres, un viejo *jeep* Nissan y hubo que esperar hasta mediados de los setenta para que pudieran comprar, a crédito, la primera camioneta Renault 12 que se ensambló en el país. En la televisión había solo tres modestos canales que eran como ventanas para mirar la vida en otros países. Yo era aficionado a las viejas series norteamericanas de detectives, me refiero a *Kojak*, *El teniente Columbo* o *Las calles de San Francisco*. Además de las tramas, me gustaba ver las ciudades en las que ocurrían esas historias. Eran modernas, vitales, salvajemente atractivas. Nosotros,

en Bogotá, estábamos lejos de todo y no pensábamos mucho en el mundo. Recibíamos noticias tardías de Europa o Estados Unidos y algo del resto de América Latina, sobre todo de México, Brasil y Argentina, que eran los países con más prestigio. África y Asia eran regiones imaginarias, casi inexistentes por fuera de las novelas de Salgari o Jules Verne. Cuando por fin nos llegaba una moda, lo común es que esta ya fuera obsoleta en su lugar de origen. Estábamos lejos en la geografía y en la historia, en el pasado y el presente, y nuestro futuro era una incógnita.

Ese era el aire que circulaba durante mi infancia en la Bogotá de finales de los años sesenta y los bogotanos sufríamos de un gran complejo de inferioridad. La expresión «de afuera» era sinónimo de «superior», pues nadie dudaba de que estar fuera de Colombia era siempre y en cualquier caso una ganancia. La gente importante había pasado temporadas en otros países o viajaba con frecuencia «al extranjero», ese lugar mítico en el que se concentraban todos los anhelos.

Por eso mi infancia fue silenciosa.

Vivía en un lugar del que todos querían irse.

Bogotá tampoco tenía una literatura muy notable. Ni novelas ni grandes versos, pues las obras geniales de Gabriel García Márquez estaban referidas al Caribe colombiano, a ciudades llenas de sol y colores, de grandes horizontes marinos, con personajes estrambóticos y abuelas sabias. Todo eso estaba muy lejos de Bogotá, que además era la única capital latinoamericana que no tenía un bolero o una canción conocida. Nadie

le cantó nunca algo especial que pudiera compararse a la lírica de La Habana, Buenos Aires, México, Río de Janeiro o Lima. Las baladas más conocidas están

“ Vivía en un lugar
del que todos
querían irse ”

llenas de habaneras, panameñas o santiaguinas. ¿Nunca una bogotana le rompió el corazón a un compositor? El poeta José Asunción Silva era bogotano, sí,

lo mismo que el novelista José María Vargas Vila, pero la ciudad como creación literaria es la gran ausente. Y ambos fueron creadores a contracorriente: el primero se suicidó y al segundo lo excomulgó el Vaticano y los gobiernos conservadores le pusieron precio a su cabeza.

Un misterio.

La cultura y el arte, sin embargo, estaban ahí. Teníamos un lejano pasado prehispánico al que muchos eran indiferentes, pero que en mi caso personal, por mis padres, contaba muchísimo y era una pequeña fuente de orgullo: los misteriosos escultores de San Agustín y los dibujantes de hipogeos de Tierradentro, la cerámica de las culturas muisca, tumaco y calima, la mitología y leyendas chibchas, la magnífica orfebrería quimbaya. En general, la cultura en la Colombia de esos años parecía ser lo que en el fondo ha sido siempre en cualquier lugar del mundo: un refugio y una prueba de vida.

Bogotá contaba también con algunas buenas librerías, cine y teatro, varias salas de exposiciones para pintores locales y algo de música. La ciudad hacía tímidos intentos por existir. «También las ranas pesan

en el mundo», escribió Aristófanes en una de sus comedias. Cuando leí esa frase, pensé en mi ciudad, tan lejos de todo lo que nos parecía trascendente.

¿Cuál es la balanza que mide ese «peso en el mundo»? El poeta Virgilio Piñera se hizo la misma pregunta sobre Cuba, y escribió estos versos:

Un pueblo permanece junto a su bestia en la hora de partir,
aullando en el mar, devorando frutas, sacrificando animales,
siempre más abajo, hasta saber el peso de una isla en el
[amor de un pueblo.

Pero en esa Bogotá en blanco y negro en la que nací nadie amaba realmente la ciudad. No pesaba en nuestros corazones, tan blancos y fríos. Al revés: era como una enfermedad vergonzosa que habíamos contraído y a la que debíamos resignarnos.

Bogotá, Bogotá.

Nada es para siempre y con los años —y las décadas— la ciudad fue saliendo de su anonimato, adquirió cierto brillo, refulgió hasta convertirse en una urbe mayor, acumulativa, por momentos incluso desbordada. Llegó casi a los diez millones de habitantes y su importancia creció. Como le pasa a algunas grandes ciudades que, involuntariamente, acaban convertidas en modestos centros del mundo. Eso sí: de mundos pequeños, de fragmentos del mundo. Tras la caída y desaparición de Caracas —la verdadera ciudad invisible de hoy— por obra y gracia de su torpe sistema político, a Bogotá no le quedó más remedio

que adoptar el rol de capital del norte de Sudamérica. Las multinacionales que tenían sede en Caracas se trasladaron a Bogotá. Llegaron nuevas empresas de todo tipo y se impulsaron los negocios estatales, caso del petróleo; se firmaron tratados de libre comercio y proliferó la inversión extranjera, lo que le dio un aire más sofisticado al país y sobre todo a la ciudad metrópoli, que buscó modernizarse a pasos agigantados con una ambiciosa carrera urbanística, pues ahora debía albergar no solo a los nuevos empresarios transferidos y sus empleados, sino a millones de nuevos ciudadanos que por la bonanza emigraron a ella desde el resto del país. La tecnología la acercó al mundo y el turismo internacional empezó a llegar, curioso de ver *in situ* ese territorio que para muchos era un invento reciente.

Bogotá vivió entonces una profunda metamorfosis. Una más. Con el cambio de siglo ese diminuto punto en el mapa, al norte de Sudamérica, empezó a emitir

☛ **A Bogotá no le quedó más remedio que adoptar el rol de capital del norte de Sudamérica** ☛

cierta luz. Figuras inalcanzables como Paul McCartney, Madonna o los Rolling Stones anunciaron conciertos en el mismo estadio de fútbol en el que juegan los modestos equipos capitalinos, Millonarios y

Santa Fe. La economía y las finanzas globales, que expresan otra faceta de la modernidad, hicieron su aparición: nuevos grupos saudíes o chinos entraron a competir en inversiones con Estados Unidos y Europa, con México y Brasil, interesándose en las licitaciones

públicas y los proyectos de infraestructura. El capitalismo del siglo XXI encontró tierra fértil en estos parajes antes tan solitarios, tanto que a finales del 2023, de acuerdo a cifras oficiales, el PIB de Bogotá se elevó tanto que llegó a superar el de países enteros de la región como Uruguay, Panamá o República Dominicana.

Una de las primeras consecuencias de este auge fue el alza de los precios de la vivienda. En los sectores elegantes, caso de Rosales, Chapinero Alto o Santa Ana, el valor del metro cuadrado se multiplicó llegando a alcanzar al de algunas «ciudades universales», costosas y con mayor ingreso per cápita, como París o Nueva York. Los gerentes de las multinacionales recién instaladas podían pagarlos, claro que sí, pero no la gran mayoría de la población, lo que fue creando zonas urbanas tremendamente exclusivas y situaciones asombrosas. Algunas familias que vivían en esos barrios desde hacía 30 o 40 años, cuando no eran tan caros, se vieron de la noche a la mañana durmiendo sobre minas de oro. Hubo inesperados aumentos de patrimonio y mucha especulación inmobiliaria, y por supuesto grandes grupos internacionales de finca raíz llegaron a la ciudad interesados en invertir y hacer negocios.

Y algo más, relacionado con la prosperidad, y es esa conocida pregunta: «¿A dónde vamos a cenar esta noche?».

La restauración también vivió un enorme *boom*. Surgieron restaurantes de todo tipo: la gastronomía del mundo llegó a los locales bogotanos. Comida

nunca vista antes como la iraní, la libanesa o de Marruecos, de Siria y Mesopotamia, apareció de repente. A los tradicionales restaurantes de comida china, esta sí muy instalada desde hacía décadas, se unieron la coreana y tailandesa, la de Indonesia y Vietnam. El *poke*, el *sateh*, el *nasi goreng*. Todo el sudeste asiático desembarcó en Bogotá, lo mismo que África. Los continentes fueron rápidamente representados afinando el paladar de los ciudadanos que podían acceder a estos servicios y, así mismo, la comida local se hizo más ambiciosa y elaborada. Aparecieron los grandes chefs. Una de las primeras fue Leonor Espinosa con su restaurante Leo, Cocina y Cava —que obtuvo su tercera estrella Michelin en 2021— uniendo en el menú su personal búsqueda étnica y estética con tradiciones europeas. Tanto se avanzó en esto que hoy, en el 2024, el portal TasteAtlas, especializado en catalogar las comidas tradicionales de todo el mundo, ubicó a Bogotá en sexto lugar en la lista de mejores ciudades de América Latina para disfrutar de la gastronomía.

El auge del vino fue otro de los grandes temas en esta rápida carrera hacia la sofisticación. En una ciudad que no tenía costumbre vinícola —el trópico no es apto para el cultivo de la vid—, los restaurantes, al inicio del siglo XXI y empujados por el desarrollo, empezaron a ofrecer una inmensa carta de vinos europeos y norteamericanos, chilenos y argentinos. En los locales más elegantes apareció la figura del *sommelier*. ¡Y la clientela aprendió! Hubo una especie de curso exprés de refinamiento para la burguesía capitalina,



Cinco itinerarios

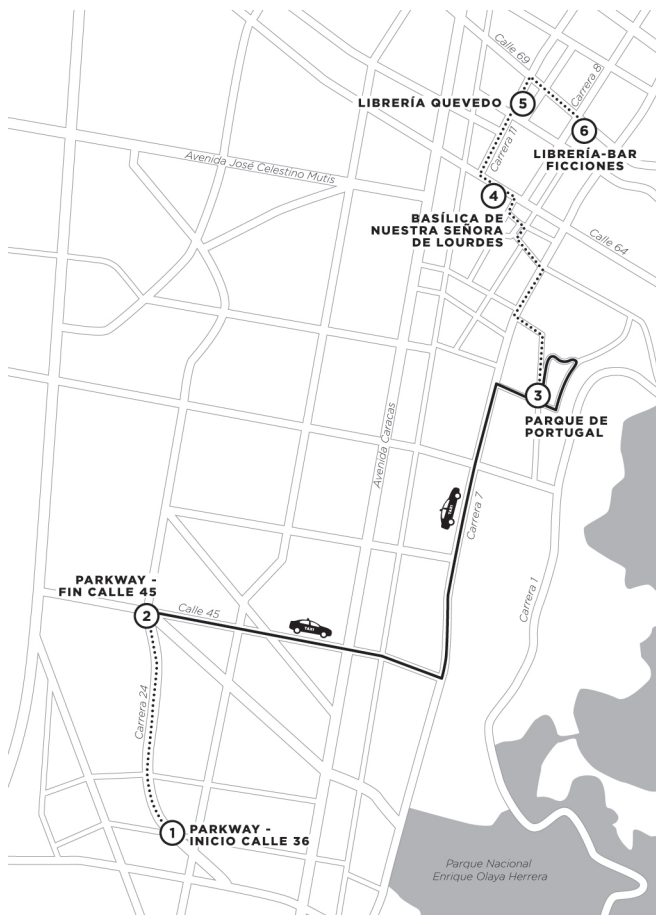
Escanea el QR al final de cada ruta para ver el mapa completo en tu teléfono.

1• La Candelaria



Este itinerario puede partir de la plaza de Bolívar, que es el verdadero corazón de la ciudad. Mirando hacia sus cuatro costados se verán los edificios en los que reside el poder de la República y de la ciudad: al

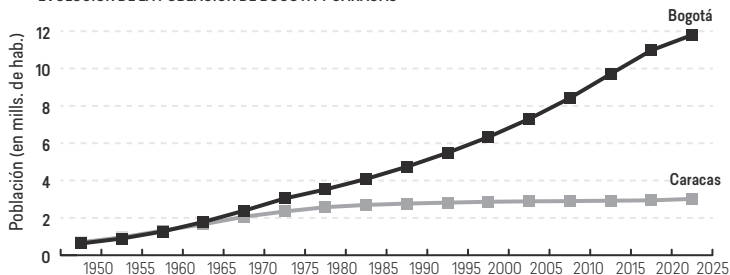
4• Chapinero y Zona norte



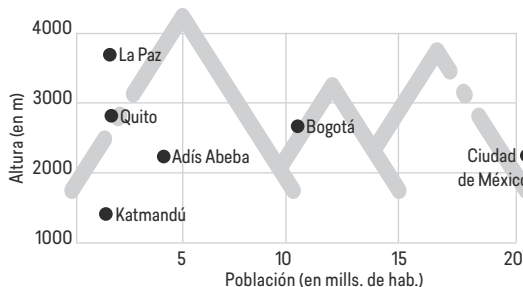
Visitar el Park Way, en la localidad de Teusaquillo (avenida 24, entre calles 36 y 45), es una gran experiencia para cualquier viajero que llega a Bogotá. Caminar

DOS DESTINOS DIFERENTES

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE BOGOTÁ Y CARACÁS

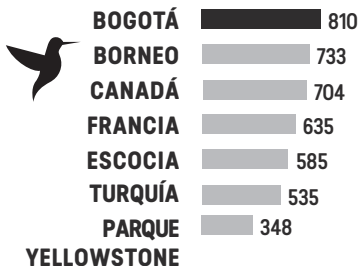


UNA CAPITAL EN LAS NUBES



UNA INMENSA VARIEDAD DE AVES

Número de especies



UNA CIUDAD CONGESTIONADA

Tiempo perdido en embotellamientos cada año

BOGOTÁ
117H

SAO PAULO
105H

BUENOS AIRES
88H

BERLÍN
64H

